

PLAYA PANTEÓN | JUAN JOSÉ PODESTÁ

PLAYA PANTEÓN (LA VIDA DE JUANITO MALAPARTE)

LA VIDA DE JUANITO MALAPARTE no fue siempre tan feliz. En la cárcel, vive en plenitud: tiene los amigos que desea, duerme cuando le da sueño, come cuando siente hambre, lee a su regalado gusto y toda la población penal lo mira con simpatía.

Durante las mañanas, Juanito hace ejercicios con otros internos, por lo que ha logrado un físico envidiable. Mientras levanta pesas y realiza abdominales, escucha música de los '80: Miguel Mateos, GIT y otros -es decir, lo que podría considerarse la segunda división del rock latino-, en una radio que una amiga evangélica le regaló en su último cumpleaños. Así, escuchando música y haciendo ejercicios, Juanito es completamente feliz. En esas ocasiones, conversa con los compañeros del gimnasio improvisado en el patio de la cárcel: de lo malo que estaban los garbanzos del almuerzo, de lo rápido que harán mocito al cabro que trajeron por homicidio, de lo huevón que es el jefe de los gendarmes y de lo rica que está la mañana.

Por las tardes, después del almuerzo, Juanito estira la huincha junto a dos colegas del norte, que cayeron por lo típico: narcotráfico. Así pasa las tardes, conversando de un lado para otro, tratando de mirar más allá de los muros, pero feliz, siempre feliz.

En las noches, y antes de dormirse, Juanito lee novelas que le encarga a un evangélico que tiene

salida diaria. Le pasa una lista al canuto y éste trata de encontrar todo lo que le pide. Luego, entre el olor a mierda y el sonido de gritos y llantos, Juanito duerme tranquilo. Y sueña con playas. Playas de arena blanca y mar radiante.

No siempre fue así. Hubo una época, de niño, en que Juanito soñó con playas de arena negra, como la de Playa Panteón, en Tocopilla. Todo empezó en esa playa oscura, a inicios de los '80, se convence, a pesar de que los sicólogos le dicen a Juanito que todo lo que dice sobre su infancia y la Playa Panteón es inventado. Sueños inventados, afirman.. Pero Juanito sabe que no es así: sabe que cada cosa relacionada con la Panteón, como le dicen los tocopillanos, es verdad.

Ahora la historia se pone melancólica. Allá vamos: Juanito Malaparte debe haber tenido no más de seis años cuando, una mañana de sábado, su mamá -una morena y hermosa nortina- lo llevó a conocer la playa más fea del mundo. El niño retuvo en su cabeza los detalles que más le impresionaron en esa primera visita: una arena negra, plomiza más bien; un mar opaco e inquieto, como de pesadilla; unos muros que encerraban la playa; poca gente. Juanito nunca supo por qué su mamá lo llevó a conocer esa playa primero, en circunstancias que en Tocopilla hay, a lo menos, un balneario decente: Caleta Boy. Pero su mamá lo llevó a conocer la Panteón la mañana de un sábado particularmente radiante.

Ese paseo es uno de los primeros de los que Juanito tiene recuerdo. Si bien nació en Tocopilla, todo lo sucedido anteriormente se mezcla en imágenes que, esto sí lo sabe Juanito con certeza, no son

claras. Esas imágenes -las anteriores a la visita a la playa de arena negra- sí pueden ser inventadas, piensa Juanito, exageradas por la imaginación y el tiempo.

Juanito sabe que el papá no estaba en ese paseo (en realidad, era menos que un paseo, puesto que la playa estaba a pocos minutos del centro de la ciudad, que era donde vivían). Como dirigente político de la facción de una facción de un partido de oposición a la dictadura de Pinochet, el padre asistía a un seminario sobre educación popular y la tía que vivía con ellos se había quedado en casa, haciendo no recuerda qué. Luego de la visita a la playa, sabe Juanito, soñó durante mucho tiempo con playas de arena negra. Es decir, soñó con Playa Panteón.

Madre e hijo estaban uno al lado del otro en el malecón atrofiado que era la muralla que cercaba por arriba la Panteón. Miraban las olas oscuras y la poca gente que paseaba. También contemplaban el atractivo turístico de la zona: la arena negra. La mamá de Juanito le dijo que era de color negro, o plomo, debido a la alta concentración de cobre que una antigua compañía minera se encargó de depositar en el sitio.

Madre e hijo conversaban (Juanito recuerda que preguntaba muchas cosas, porque cuando niño era muy curioso) y también veían pasar barcos de carga en el horizonte: buques que lentamente cortaban el mar nortino, como yendo a ninguna parte, para luego perderse para siempre. ¿Y por qué se llama Panteón, mamá? Se llama así porque antes había un cementerio, cabro preguntón.

Juanito sabe que se rieron mucho hasta que, de la nada -es decir, del cielo-, asomó un helicóptero

y aterrizó. De la máquina bajaron Pinochet y el general Larrea, mandamás -lo supo luego Juanito- de la dictadura en la zona de Tocopilla. Mientras tanto, automóviles, carabineros, militares y guardias cercaron el lugar. Se movían de acá para allá, gritaban y daban órdenes. Juanito no entendía nada. La mamá tampoco, aunque lo intuía, supone Juanito.

Todo duró pocos minutos. Cuando volvió a la calma, madre e hijo tenían los pelos parados por la fuerza de la hélice. Ella sacó un espejo y Juanito pudo ver su cara reflejada: parecía el payaso de uno de los circos que cada temporada visitaban la ciudad.

Después todo se puso más turbio. El papá no volvió del seminario de educación popular. Escuchó a su mamá llorar toda la noche. En la mañana, la casa estaba llena de amigos. Al parecer también se habían perdido otros. De lo poco que Juanito pudo hilar, entendió que a su papá se lo habían llevado los milicos -nunca volvería- y que otros amigos de la familia también habían sido secuestrados.

Fueron meses extraños. Gente llegaba y se iba de la casa. Su mamá envejeció varios años. El pelo se le encaneció y perdió varios kilos. Un día, ella también desapareció. Y ese día marca la diferencia entre lo que Juanito dice saber y lo que le dicen los que, tiempo después, lo llevaron a la cárcel.

Juanito dejó de ser un niño. Su única preocupación fue saber qué le sucedió a sus padres. Por conversaciones con militantes de izquierda -viejos y jóvenes-, lecturas de diarios, viajes a la capital para revisar archivos e investigaciones propias en la ciudad, Juanito supo que el día antes de que Pinochet llegara a Playa Panteón, habían intentado matar al general

Larrea, el "Coyote" Larrea, el más cruel de los generales del dictador en el norte de Chile. Por lo tanto, dedujo Juanito, todo fue parte del operativo para descubrir a los culpables. Puede ser, supuso Juanito, que mi papá haya estado metido en el asunto. Y que mi mamá, de tanto indagar, haya llegado muy lejos y el resultado fuera su asesinato, sintetizó.

Con la tía ya muy vieja, Juanito se hizo cargo de la casa. Trabajaba de inspector en un liceo de Tocopilla. Hombre en extremo solitario, no se emparejó nunca.

El general Larrea, se repetía mañana a mañana, al levantarse. Él desapareció a mis padres y yo los vengaré. Aunque sea lo último que haga.

Dicen que uno debe sentarse en la puerta de su casa a ver pasar el cadáver del enemigo y fue casi exactamente lo que le pasó a Juanito Malaparte. Un sábado -quizás domingo, qué más da-, Juanito sintió ruidos en la casa de al lado, que llevaba varios años sin arrendarse, pero cuyos dueños siempre mantuvieron impecable. Los ruidos se extendieron durante todo el día e incluso al siguiente. Alguien se estaba instalando en la casona, acordaron la tía y Juanito.

Las semanas volaron y todo se resolvió como quien desmadeja un rollo de lana. Juanito llegaba del trabajo, a eso de las siete de la tarde, justo cuando una señora trataba de meter una silla de ruedas al interior de la casa recientemente arrendada. Le pidió a Juanito que la ayudara. Éste, amable como era, accedió inmediatamente. Cuando salió de la casa y la señora le dio las gracias, Juanito tenía una sonrisa de oreja a oreja. El vecino en silla de ruedas era el "Coyote" Larrea, el asesino de sus padres.

Los años habían cubierto como un mantel de hule al país con impunidad. Algunos olvidaron, otros transaron, pocos esperaron. Juanito fue de los que esperó. Y fue para mejor. Larrea no tenía guardia ni seguridad: el tiempo también se había olvidado del "Coyote". Sólo la señora que lo cuidaba (¿su esposa?, ¿una amante?, ¿la hermana?) se interponía entre Juanito y su venganza.

Juanito escuchaba cómo Larrea gritaba por las noches, lo miraba durante el día observando la calle desde la ventana de su pieza, con la baba cayéndole por toda la boca. El "Coyote" está convertido en una bosta humana, pensó Juanito, que no habla y anda en silla de ruedas.

Un lunes 1 de noviembre de los años '90, Juanito empujó su destino. Salió con rumbo a Playa Panteón, le dijo a su tía, pero lo primero que hizo fue golpear la puerta de la casa vecina. La señora preguntó quién era y Juanito dijo yo, el vecino. La señora abrió y Juanito entró de un sopetón. Le pegó un puñete en la cara, que la botó a piso. Luego la desvistió y la violó metódica y concienzudamente. Anal y vaginalmente, como después precisó un diario de la capital. Después la mató con el inmenso fierro que la señora ponía detrás la puerta, pensando que con él podía defenderse de un ladrón.

Luego, Juanito fue lentamente hacia la pieza de Larrea. El "Coyote" emitía unos ruidos que el tocopillano interpretó como de auxilio. Sin decir agua va, le pegó una patada que lo hizo caer de la silla de ruedas. Después sacó una tijera que llevaba guardada en el polerón y le dibujó una esvástica en la frente, adelantándose muchos años a la escena de una

película sobre unos militares judíos que asesinan nazis en la Segunda Guerra Mundial. Luego lo meó sobre todo el cuerpo y después lo cagó. Restregó la mierda y la orina por la corrompida humanidad de Larrea, quien estaba sumido en un estado cercano a la catatonia. Tomó las frazadas de la cama del viejo (el olor a pichí era insoportable) y lo envolvió con ellas. Salió de la casa con el cuerpo sobre los hombros, como quien lleva un saco de papas, y se dirigió -cómo no- a la Playa Panteón. Allí lavó al viejo en ese mar oscuro y feo. Puso especial cuidado en que el agua salada le entrara en la boca, en los ojos y en las heridas que le había hecho con la tijera. Como pudo, lo dispuso en cuatro patas y se lo metió. El viejo no chilló, con lo que a Juanito le quedó claro que no era maricón. O lo era, pero de otra forma. Finalmente, cortó la garganta de Larrea con la tijera, minuciosamente, en 360 grados, para que no quedara arteria sin cercenar.

Juanito dejó todo ahí, sobre la playa oscura. Partió al terminal de buses, sacó la plata que llevaba en la billetera -que nunca descuidó en las faenas anteriores-, pagó el pasaje y viajó a Santiago.

Como se dice, todo lo demás es historia: la prensa que se deleitó con los detalles del suceso, los relatos de los testigos (¿los hubo?) y las entrevistas a generales amigos, a la tía de Juanito, a los tocopillanos.

A Juanito Malaparte le dieron cadena perpetua efectiva. Los sicólogos estaban impresionados por la paz que siempre demostró el acusado. Fueron tantas las veces que les contó lo de Playa Panteón y el helicóptero que decidieron verificar la historia, casi para quedar tranquilos ellos mismos. Entonces los

sicólogos le dijeron a Juanito que Pinochet jamás había llegado en helicóptero a Tocopilla y que menos había aterrizado en la Playa Panteón. Que cuando iba a esa zona del país, llegaba primero a Antofagasta y después, en comitiva, a ese pequeño pueblo llamado Tocopilla. Que el padre de Juanito había abandonado a su familia para irse con otra mujer al sur y que había muerto hacía pocos años. Que nunca habían intentado matar al "Coyote" Larrea y que el único que lo intentó, y con suerte, fue él. De su madre no pudieron decirle nada, aunque le explicaron que no había indicios de que hubiese sido secuestrada o asesinada en dictadura. Tampoco había antecedentes sobre su eventual paradero. ¿Y la tía? Seguía viva, pero estaba muy vieja como para ir a verlo, dijeron los sicólogos.

Juanito los miraba con calma, casi sonriendo, como un niño satisfecho luego de llenarse la guata con pastillas y chocolates. Juanito sabía que, de una u otra forma, había hecho lo correcto.